

¿Los argentinos somos derechos y humanos? Relatos sobre la nación y la violencia política en la prensa gráfica semanal y mensual durante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1979.

Marcelo Pereyra¹, Mariana Turiacci² y María Belén Urquiza³

Introducción

En septiembre de 1979 un grupo de funcionarios de la Comisión Interamericana de Derecho Humanos (CIDH) visitó el país con el objetivo de investigar denuncias sobre violaciones a los derechos humanos durante el gobierno militar. El gobierno militar llevó adelante, por un lado, una operación de propaganda para ocultar la importancia del acontecimiento y, por otro, una campaña de difamación con el objetivo de deslegitimar el trabajo de la comisión. Para ello contó con el apoyo de los medios de comunicación más importantes de la época. El presente trabajo continúa una línea de investigación sobre la circulación de sentidos en la prensa gráfica sobre las ideas de nación y violencia política durante la dictadura cívico-militar 1976-1983 (Cf. Pereyra, 2016). El objetivo es estudiar la comunicación pública de la cuestión nacional articulándola con reflexiones sobre la legitimidad del uso de la violencia, la memoria, los derechos humanos y la justicia. Elegimos para trabajar este tema la visita de la CIDH por la significación pública que tuvo el acontecimiento, pues por primera vez las violaciones a los derechos humanos ocuparon un lugar central en las agendas política y mediática. El corpus que seleccionamos está conformado por trece notas aparecidas, entre el 31 de agosto y el 28 de septiembre de 1979, en cinco revistas: *Gente* y *Siete Días*, destinadas al público general; *Somos* y *Extra*, de contenido preferentemente político y *Para Ti*, dirigida al lectorado femenino. De este modo cubrimos una parte importante de las publicaciones de periodicidad semanal y mensual que se editaban en esa época.

¹ Magister en Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales-UBA

² Licenciada en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales-UBA

³ Licenciadas en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales-UBA

Los antecedentes

La llegada de la CIDH se concretó como resultado de la presión internacional, sobre todo de EE.UU, sobre el gobierno cívico-militar. Las gestiones se habían iniciado dos años antes, cuando la dictadura apenas llevaba un año y medio en el poder. En efecto, ya en 1977 se habían difundido en Europa noticias sobre desapariciones y asesinatos. En septiembre de ese año se firmó en Washington un tratado mediante el cual EE. UU. cedió a Panamá el control del Canal. Asistieron a la ceremonia quince presidentes americanos, entre ellos Jorge Rafael Videla. El dictador fue invitado a reunirse con el presidente James Carter. La intención del gobierno estadounidense era advertirle a Videla que los crímenes debían terminar si su gobierno quería seguir recibiendo préstamos y asistencia militar. Videla antes de la reunión con Carter declaró que no iba a permitir “intromisiones en los asuntos internos argentinos” [Clarín, 9-9-77]. Sin embargo, al día siguiente *La Nación* tituló en su tapa a toda página: “Videla y Carter hablaron sobre democracia y derechos humanos”. Eufemísticamente el vocablo “hablaron” se refería a las advertencias ya referidas del gobierno de Carter. Éste declaró a la prensa que “la Argentina enfrenta serios problemas porque ha habido terrorismo y represión [sic] de los derechos humanos”; y añadió que “Videla le había asegurado que su país hará rápidos progresos sobre la cuestión de los derechos humanos e informará al mundo lo antes posible sobre la suerte de muchos presos políticos” [Clarín, 11-9-77]. Como nunca llegaron ni los “rápidos progresos” ni la información prometida, y como seguía habiendo denuncias de terrorismo de Estado, las Naciones Unidas, algunos gobiernos europeos y el de los EE.UU intensificaron sus presiones proponiendo en concreto una visita de la CIDH a la Argentina con el objeto de verificar *in situ* las denuncias presentadas. Cuando en junio de 1978 esta posibilidad se hizo pública [“Derechos humanos: invitan a una comisión de la OEA”. *Clarín*, 20-6-78], los sectores militares más “duros” protestaron argumentando que se estaba pergeñando una campaña contra el país, que no se debía permitir la intromisión de nadie en sus “asuntos internos”, y menos de organizaciones humanitarias sospechosas de estar infiltradas por la “subversión apátrida”. Este brulote nacionalista era el mejor recurso al que estos sectores podían apelar: ellos tenían muchos crímenes que ocultar y qué mejor que hacerlo escudados detrás de sentimientos patrióticos, que siempre han tenido una recepción social favorable.⁴Pero, por otro lado, Videla tenía la necesidad de presentarse como un presidente serio y razonable, con buena imagen en el extranjero, quien, a lo sumo, podía admitir que en el país había habido una “guerra sucia” en el transcurso de la cual se podrían haber cometido algunos *excesos*. Sucede que aspiraba a quedarse muchos años en el sillón presidencial y para ello necesitaba tener el visto bueno de los EE.UU.

Así que finalmente, después de muchas idas y vueltas, se accedió a que vinieran los representantes de la CIDH. Arribaron en los primeros días de septiembre de 1979. Con su llegada se reavivaron expresiones *nacionalistas* provenientes desde distintos sectores. Los partidos de derecha, por ejemplo, consideraron “desagradable” la presencia de la comisión

⁴La revista nacionalista *Cabildo*, en su edición de septiembre de 1979 publicó en su tapa: “Comisión de Derechos Humanos: Otra [sic] intromisión que no debió permitirse”.

investigadora" [CIPOL, s/d]; los directivos de medios de comunicación denunciaron una "intromisión en los asuntos internos del país" [Ibídem]; Monseñor Octavio Derisi, rector de la Universidad Católica Argentina, dijo que "no tenía por qué una comisión extranjera venir a tomarnos examen" [Ibídem] y María E. Martínez de Perón, aún detenida por los militares, advirtió "a los 'inspectores de la CIDH' que nada tenían para enseñarle a los argentinos en materia de derechos" [Ibídem]. Ya en estas expresiones se encuentra una línea argumental que se reproduciría en los discursos periodísticos: la CIDH no venía a comprobar la veracidad de las denuncias que se habían formulado en distintos ámbitos; en realidad venía a meterse donde no debía, a inspeccionar, a tomar examen y a enseñarles sobre derechos humanos no a los militares sino a todos los argentinos.

La comisión estuvo quince días en el país. Visitó cementerios, prisiones y algunas dependencias militares; entrevistó a empresarios, políticos y funcionarios oficiales y recibió más de cinco mil denuncias de ex detenidos y de familiares de víctimas del terror estatal. Con todo el material que recolectó elaboró un lapidario informe en el que quedaron documentadas ampliamente las violaciones a los derechos humanos que estaban perpetrando los militares.⁵ La OEA lo hizo público en abril de 1980, pero el gobierno argentino prohibió su difusión. Los militares lo descalificaron por ser "incriminatorio" y por representar "una intromisión en los asuntos internos del país" [Clarín, 20-4-80]. Además, en un intento por reafirmar la teoría de la "guerra sucia", publicaron un contra informe describiendo numerosas acciones de las organizaciones armadas ["La respuesta a la CIDH divulgóse. Se divide en seis capítulos y tiene un anexo que detalla 1025 casos de atentados terroristas perpetrados entre 1969 y 1979". La Nación, 8-5-80].

El análisis

a- Las revistas de interés general

Gente. Esta revista publica una extensa nota el día 6 de septiembre: "Carta abierta a los miembros de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos". En ella caracteriza a los integrantes de la CIDH como personas que, al no haber estado presentes en el país durante los años previos, ignoran la *verdad* de lo sucedido. Por eso, la nota propone un repaso por los principales hechos de esa época que la comisión debería conocer:

- "Hay una parte de esa historia que ustedes también tienen derecho a conocer, además de los testimonios que recogerán en veinte días de trabajo, acaso un lapso demasiado corto para analizar nueve años de la historia de un país";
- "Difícilmente puedan ustedes oír el testimonio, dolido testimonio, de [...]. Pero si pudieran oírlo, sabrían que...";
- "Este largo, interminable desfile del horror que es necesario presentarles a ustedes, miembros encargados de velar por la vigencia de los Derechos Humanos";
- "Ustedes jamás podrán saber cómo fue aquello [...]"

⁵El informe completo está disponible en www.cidh.oas.org

Esta supuesta ignorancia de los miembros de la CIDH se derivaba del hecho de ser extranjeros, y eso los descalificaba desde el vamos, porque sólo los argentinos podían saber lo que realmente había pasado. En cambio, ellos sólo tenían la información suministrada por los denunciantes de las violaciones a los derechos humanos, y esa información era falaz. Por eso la nota enumera en una serie de apartados secuestros y asesinatos cometidos por las organizaciones guerrilleras que son caracterizados como el símbolo de una maldad irracional: “La demencia terrorista parecía no tener límites”; “demencial orden de la cúpula extremista”. El tiempo que transcurre entre 1970 y 1979 es caracterizado como un período oscuro de la historia nacional: “Días negros”; “El país empezaba a vivir, en soledad, una de las guerras más crueles y sangrientas que recuerde su historia”. Todo el país había estado bajo amenaza por “los movimientos armados que asolaron a la Argentina”. Si estos son presentados como la encarnación del mal, los militares que los derrotaron y salvaron al país son poco menos que héroes. De allí que las acciones guerrilleras se enuncian en la nota con una fuerte narrativización y una utilización de la retórica sensacionalista que apuntan a conmover, a dramatizar aún más los episodios violentos. Por ejemplo, en los testimonios de los familiares de las víctimas de la guerrilla se resalta el dolor por la pérdida de sus seres queridos:

- “Señor, sácanos de esta incertidumbre. Devuélveme a mi marido, pero hágase tu voluntad” [Testimonio de la esposa del general Pedro Eugenio Aramburu];
- “Quiero que escribas esto. Que yo tenía una hermosa familia y que ahora estoy sola. Desesperadamente sola. Que necesito a Humberto. Que lo necesito mucho y ya no lo tengo” [Testimonio de la esposa del capitán Humberto Viola].

De este modo la revista presenta una imagen de un país convulsionado, caótico. Ante esa realidad los militares “se vieron obligados” a intervenir para aniquilar a las organizaciones armadas. Su intervención les había causado numerosas bajas, por lo tanto ellos no eran los victimarios sino las víctimas. En razón de todo ello, ahora, con el país “pacificado” –no importaba por qué medios-, se argüía que no era necesario que nadie viniera *de afuera* a alterar el nuevo *statu quo*.

Hay cuatro notas más sobre el tema en las que se reiteran estos argumentos. De acuerdo con *Gente*, para 1976 la gravedad de la situación nacional se había visto acentuada por la incapacidad, la irracionalidad y la total irresponsabilidad “con que los gobernantes del período 1973-1976 ejercieron ese estado de derecho que los argentinos les habían otorgado en elecciones libres”. Estos gobernantes, para quienes “la Patria quedaba en último término”, habían llevado al país a “una grave crisis constitucional”. Era un país “que estaba prácticamente en bancarrota, al borde de la cesación de pagos, con la moral de su pueblo destruida por la inoperancia del gobierno, [...] y con universidades convertidas en centros de acción política y focos de acción subversiva”. Semejante situación justificaba que una junta militar “se hiciera cargo del país”. Nótese aquí la elisión del golpe de estado de 1976, en la que la irrupción violenta del proceso democrático aparece reemplazada por una “tarea” que los militares se vieron forzados a realizar: asumir el poder político y librar una “dura y sangrienta lucha [...] contra la subversión”. En estos relatos la Argentina, después de ese período violento, aparece como un país que está en recuperación, que está sanando los

daños provocados por una única violencia, la de la guerrilla: “La Argentina sale [...] de una guerra [...] sórdida, cruel, sangrienta”. El país todavía “está intentando cicatrizar las heridas de una dura, cruel, sórdida, sucia y prolongada guerra que abarcó prácticamente los últimos nueve años”. En este imaginario, el país- enfermo, aún convaleciente, no necesitaba que un grupo de extranjeros viniera a reabrirle sus heridas.

Por otra parte, la represión criminal y la eliminación sistemática de dirigentes, militantes y combatientes que venían cuestionando desde mediados de los '60 el orden socioeconómico y político, llevada a cabo por los militares y las fuerzas de seguridad, es enmascarada tras la figura de la guerra, un acontecimiento en el que la violencia es algo natural. Es decir, que a la lucha social se le niega su carácter de resistencia, mientras que a la lucha armada se la vacía de significación política al reducirla a un conflicto militar.

La revista retoma la metáfora salud/enfermedad, relacionándola con la diada verdad/mentira, a propósito de un documento publicado por el partido Justicialista ante la llegada de la CIDH. El texto partidario acusa a las FFAA de haber implantado el terrorismo estatal: “No podemos aceptar que a la lucha contra una minoría terrorista, de la que también hemos sido víctimas, se la quiera transformar en una excusa para implantar el terrorismo de Estado” [“Derechos humanos: habla el peronismo”; *Crónica*, 12-9-79]. Como se puede apreciar, el documento habla de dos terrorismos: el de una minoría y el estatal. Podría decirse que es una primera versión de la teoría “de los dos demonios”.⁶ Pero *Gente* considera que el texto esconde y traiciona la verdad, por eso, para refutarlo, publica una nota “que no está hecha contra nadie. Que solo está a favor de la verdad. Que solo quiere testimoniar el verdadero sentir de un país que ya no acepta la mentira”. La revista se posiciona aquí como conocedora y representante de los sentimientos toda una nación. Una nación que *ya no acepta la mentira*, lo cual daría a entender que alguna vez la había aceptado. Como fuere, *Gente* acusa al peronismo de querer olvidar lo que pasó, y el olvidar llevaría a la mentira y ésta, a su vez, a la enfermedad: los argentinos sanos no olvidan, dice, y agrega que a ellos les está reservada “una dura y dolorosa tarea: el deber de no olvidar. Y también les está reservado un derecho. El de exigirles a sus futuros representantes que vean la más cruda y terrible de las verdades” [20-9-79]. Hay, de acuerdo a estos argumentos, dos clases de argentinos: los sanos y los enfermos. Los sanos son los que no olvidan y dicen la verdad. Pero ¿cuál es esa verdad para *Gente*?: en la Argentina no hubo terrorismo de Estado.

Siete Días. A diferencia de su competidora, esta revista produjo escaso material sobre el trabajo de la CIDH, siendo su cobertura mayoritariamente informativa, con escasa editorialización. En este sentido, la revista comparte la advertencia que realizan otros medios acerca de que la labor de la CIDH debe realizarse dentro de una adecuada *contextualización*. Este vocablo reemplaza a *conocer toda la verdad* sobre la violencia ejercida en el país, esto es, la idea de la “guerra no deseada” que debieron

⁶Un caracterizado dirigente radical de la época, Raúl Alfonsín, coincidía con esta visión, al argumentar que los partidarios de las violencias de distinto signo estaban empujando al país a un “colapso ético”: “La metodología del terrorismo constituye una expresión repugnante que el Estado debe sancionar (...) La actividad represiva del Estado no debe atentar contra la vida, los derechos y el honor (sic) de los ciudadanos” (*Clarín*, 13-9-79).

emprender las FFAA para liberar a la Nación del terrorismo. Así, luego de una reunión de los representantes de la CIDH con Videla, la revista afirma que “no caben dudas de que la posición del gobierno nacional ante los visitantes fue la conocida. La guerra provocada por la subversión, fue una guerra no deseada por el país. La Nación tuvo que afrontar un estado de necesidad, en la que estaba en juego el bien común. Y en la ‘guerra sucia’ desatada, las autoridades militares debieron actuar con firmeza y energía para derrotar finalmente al terrorismo” [13-9-79]. En estas líneas se reiteran argumentos ya conocidos: que las FFAA tuvieron que reaccionar ante una determinada situación, es decir, que no habían sido responsables de ella; que esa situación afectaba a todos los argentinos por igual -el “bien común”-, y que las FFAA habían intervenido en un conflicto armado anómalo -la “guerra sucia”- que había requerido “firmeza y energía”. Las FFAA, por lo tanto, devenían en símbolo de la Nación pues la habían salvado del terrorismo. De allí que toda crítica al accionar militar aparecía como inapropiada y fuera de lugar.

b-Las revistas políticas: *Somos* y *Extra*

La llegada de la comitiva de la CIDH al país tiene en estas publicaciones dos encuadres [*frames*] principales. El primero, compartido con otras revistas, se refiere a la necesidad de *contextualizar* la política represiva del gobierno de facto. Dicha contextualización es a la larga un modo de justificar la metodología represiva, pues el *contexto* no es otra cosa que la reiterada representación de un país asolado por una violencia que tiene una sola expresión: las organizaciones guerrilleras: “Muchos argentinos suponen que los miembros de la comisión, más allá de los testimonios que acumulan en sus carpetas, tengan lugar en su portafolios para alguno de los episodios de la historia que ensombrecieron la última década” [*Somos*, 7-9-79]. Tal como hemos observado en otras publicaciones, *Somos* propone una homología entre los *argentinos* y el gobierno dictatorial. Dicha homología parece destinada a difuminar la imagen de la dictadura en el conjunto de los habitantes del país: “Pero algo es cierto: la mayoría de **los argentinos que hoy abren las puertas del país** a la comisión, esperan que, de los 649 asesinados por el terrorismo, llegue a los portafolios de los inspectores, al menos la imagen de Paula Lambruschini, volada por una bomba cuando recién había cumplido 15 años” [7-9-79; la negrita es nuestra). Nótese que no es el gobierno sino que son *los argentinos* los que *permiten* que la CIDH ingrese al país. Pero si por un lado hay puertas que se abren, por otro hay filas que se cierran en esa construcción de un nosotros=gobierno+argentinos.

Extra también se pregunta si la CIDH tendrá en cuenta los actos cometidos por la guerrilla en orden a desvelar la verdadera situación del país. En su enunciación repite la modalidad de unir –en un todo indiferenciado– al medio, sus lectores y los militares: “Creemos en los derechos y en los humanos. Verán cómo somos. ¿Sabrán cómo fuimos? ¿Preguntarán por aquel **partido de la muerte** que se instaló y transformó nuestra libertad? Tal vez pregunten. Esperemos que hayan (sic) argentinos que se animen a contestar” [23-9-79: las negritas son del original]. Aquí, sin embargo, aparecen otros argentinos. Son los que tendrían que tener el *valor* de contestar si la CIDH les pregunta por la guerrilla. Con la metáfora de la valentía se crea una nueva relación con *la verdad*: los argentinos que dicen *esa verdad* son valientes; los cobardes la callan.

Un segundo encuadre, utilizado principalmente por *Somos*, gira en torno a la preocupación por el grado de parcialidad que tendría el informe de la CIDH. El argumento central es que la visita de la comisión no era producto de una genuina preocupación sino el resultado de una “campaña antiargentina” en el exterior: “La izquierda internacional trató por todos los medios de influir en el ánimo de la comisión ¿Serán imparciales sus miembros?” (*Somos*, 31-8-79). La mentada campaña era responsabilidad de [...] “el terrorismo derrotado y prófugo, aliado con el terrorismo internacional, (que) formó usinas argentinas en el exterior y desde allí lanzó una avalancha de **acusaciones contra el país**: un hecho más que conocido, y sintetizado como la campaña antiargentina.” [*Somos*, 7-9-79; las negritas son nuestras]. Dicha campaña tenía la finalidad de “desprestigiar a **la Argentina** a través de supuestas violaciones a los derechos humanos (*Somos*, 14-9-79; las negritas son nuestras). Sugestivamente, en el discurso de *Somos* la campaña era contra el país, y no contra su gobierno.

c-El lectorado femenino: *Para Ti*

Coincidiendo con la visión de otros medios, *Para Ti* considera que la violencia desatada en el país lo había llevado a una situación límite, de la cual era principal responsable el gobierno derrocado en 1976: “fue violento y permitió la violencia”, [...] “Hablaban de democracia y gobierno del pueblo, cuando por la calles se sembraba el pánico y el terror”. Esa responsabilidad que le achaca al peronismo le permite dividir aguas y construir un nosotros/otros apelando a la metáfora del enfermo en recuperación: “Recién **empezamos a levantarnos** del desastre **por ellos producido**” [24/9/1979; la negrita es nuestra]. Es bien notable que el Otro, claramente negativo, es un Otro origen de la violencia.

Lo que distingue a *Para Ti* de otras publicaciones es el lugar de las mujeres, de sus periodistas y lectoras, como opinantes frente a la llegada de la CIDH. Ellas pueden tomar la palabra legitimadas por su mera condición de mujeres, esto es, concedoras por naturaleza del sufrimiento humano: “Estamos dolidas, todavía tenemos frescas las heridas y está latente el dolor que nos produjo todo lo que le pasó al país. Sufrimos demasiado. Cada familia argentina vivió en carne propia el miedo, la impotencia, la desesperación” (24-9-79). Estas mujeres, además, saben lo que pasó en el país y si una vez fueron engañadas ya no lo serán más: “[...] [debemos] demostrarles [a los funcionarios de la CIDH] que las mujeres argentinas somos otras. Que aprendimos. Que otra vez más no van a engañarnos. ¿O usted no tuvo miedo por sus hijos allá por 1973-1974-1975...?”. Estas madres, condición relevante y excluyente de las periodistas y lectoras, imaginan un negro provenir si se vuelven a *equivocar*: “En nosotras está decidir. Y en nuestra decisión debe pesar la historia que acabamos de vivir. Si volvemos equivocarnos, será el final, ya que habremos perdido, definitivamente, la carrera contra nuestro futuro, el de nuestros hijos”. En este razonamiento la equivocación residiría en aceptar otro tipo de relato explicativo del pasado y el presente de violencia que no fuera el de la dictadura y sus aliados en la iglesia, los medios y la política.

Para consolidar esta alianza, que sitúa en mismo lugar emocional a las periodistas de *Para Ti* y a sus lectoras, la revista invita a escribirles cartas a los miembros de la CIDH para que sepan “toda la verdad” (Las argentinas le escriben a la Comisión de Derechos Humanos”, 24-9-79). De esta forma *Para Ti* también participa de la disputa de sentido en el relato de lo ocurrido en los últimos años en el país, dando por sentado que las denuncias por las violaciones de los derechos humanos son mentiras y que la verdad reside en el contenido de las cartas de sus lectoras. Algunos de esos textos son publicados por la revista y todos abonan la tesis de que el país había sido atacado por un mal que lo había enfermado y del que los militares lo habían salvado. En una de esas cartas, “una madre y abuela argentina”, que se siente “orgullosa de su país y de los hombres que lo dirigen”, sostiene que “las Fuerzas Armadas argentinas se ocuparon de liberarnos del flagelo del terrorismo que nos azotó” (24-9-79). Quien no abonara esta tesis sobre el origen de la violencia política en el país no solo falseaba la verdad, sino que participaba de la ya mencionada “campana antiargentina”, de manera que denunciar los crímenes de los militares significaba estar en contra del país. Por tal razón, *Para Ti* alienta a sus lectoras a formar parte de una suerte de *contrampana*. Para ello, bajo el lema “Argentina: toda la verdad”, publica postales del país para que las lectoras se las envíen a un listado de las direcciones de personas e instituciones del extranjero que son consideradas como las impulsoras de la campaña anti nacional.

Para Ti también utiliza las cartas de sus lectoras para desacreditar el trabajo de los integrantes de la CIDH (24-9-79). Los argumentos, impregnados de chauvinismo, se reiteran. En primer lugar los funcionarios de la comisión están inhabilitados para cualquier tarea en la Argentina por su sola condición de ser extranjeros:

- “No tienen ningún derecho a actuar en este momento. [...] Los argentinos no los necesitamos”.
- “Que vuelvan a sus países de origen y que se ocupen de sus propios asuntos”.
- “Hoy que disfrutamos de la paz y la tranquilidad de vivir, vienen a meterse en lo que ya no importa”.

En segundo lugar, los funcionarios no tienen derecho a evaluar a los argentinos:

- “No nos gusta que nos tomen examen”.
- “No entiendo, en mi poca experiencia, el por qué nos vienen a investigar a nosotros y no van a otros países que están mucho peor que nosotros”.

Es interesante notar en estas ideaciones cómo *los argentinos* asumen el papel y la representación del gobierno dictatorial. Es decir, en estas cartas afirman aquello que los militares no pueden decir abiertamente y se colocan en el lugar de ellos, aunque en realidad la CIDH venía a investigar denuncias contra los militares, no contra todos los argentinos.

Algunas reflexiones

La visita de la CIDH fue, en los medios que analizamos, un hito importante de una disputa ideológica librada con el objetivo de construir un relato del pasado cercano. Estaba en debate una explicación e interpretación de los hechos de violencia que habían culminado con el golpe cívico-militar de 1976, y de los que se sucedieron a partir de ese momento. El

punto clave de esa disputa era justificar la violencia ejercida contra un gobierno democrático y la cruenta represión de militantes de distintas fuerzas de izquierda, en general, y de las organizaciones armadas (ERP y Montoneros) en particular. Además, el relato debía encubrir que la verdadera razón de esta violencia de Estado era la alinear a la Argentina dentro del nuevo contexto internacional, denominado Nuevo Orden Neoliberal, lo cual requería aniquilar cualquier resistencia y callar cualquier disenso.

Para construir este relato los militares apelaron a la figura de una Nación en guerra en la que había habido dos enemigos, uno interno y el otro externo. El interno era la “subversión terrorista” y el externo quienes la apoyaban y financiaban en el extranjero. Pero ¿enemigos de quién? ¿De los militares mismos? No en forma directa. Los militares, continuando una centenaria tradición, se auto situaron como la esencia de la Nación y como sus principales defensores. (Cf. Pereyra, 2016). Ergo, atacarlos a ellos, militar y políticamente, era atacar a la Nación. Así, quienes pretendían combatir el orden socioeconómico establecido con ideas y/o armas eran ajenos al “ser nacional”: eran enemigos de la Nación.

Ante la visita de la CIDH, las revistas que analizamos no hicieron más que amplificar y reproducir el relato militar, magnificando en todo momento la *amenaza* que representaba para la Nación la “subversión terrorista”, con el objeto de legitimar la metodología criminal empleada en la “lucha antisubversiva”. Si la Nación estaba en peligro, cualquier acción era válida para salvarla. Esta aparato ideológico-discursivo, al cual los medios en general habían adherido desde el principio de la dictadura (Cf. Pereyra, 2016), había bastado para contener algunos cuestionamientos al accionar represivo que habían aparecido tanto en el interior como en el exterior del país. Bajo la figura de “violaciones a los derechos humanos” ya se habían revelado secuestros y asesinatos. Sin embargo, los medios seguían dedicándole al gobierno militar discursos apologéticos, mientras silenciaban las denuncias de los organismos de derechos humanos (Iturralde, 2013). Pero no podían impedir que esas denuncias se difundieran fuera del país. Entonces, los militares inventaron y los medios difundieron la idea de la “campana antiargentina”. Se la presentó como fomentada desde el extranjero, y basada en acusaciones falaces, pues según el discurso oficial “los argentinos **somos** derechos y humanos” (la negrita es nuestra): con este eslogan el gobierno hizo imprimir 250.000 calcomanías que repartió para que fueran fijadas en los autos (*Clarín*, 23-6-06).⁷ Pese a que sólo los militares eran los cuestionados, resulta evidente su intención de construir una sinécdoque –el todo por la parte- que les permitiera camuflarse dentro de dos figuras fantasmáticas: la nación atacada y el carácter humanitario de *los argentinos*. El marco histórico facilitó la exaltación nacionalista: todavía duraba el exitismo político-deportivo por haber ganado el Mundial de fútbol el año anterior, al que se sumaba por esos días la obtención del Mundial juvenil en Japón. Hay que añadir también los arrebatos patrióticos que se evidenciaron durante el conflicto con Chile por el Beagle, en diciembre de 1978. En ese contexto cuajó fácilmente en los medios y en la sociedad la figura de la

⁷El eslogan resultó exitoso. Se reprodujo en todo tipo de discursos, apareció en avisos –como el que publicó en *La Prensa*, el 5-9-79, el Banco de la Provincia de Buenos Aires (Blaustein y Zubieta, ob. cit., p.303), y fue tomado por la prensa, como en el título de *Crónica*, del 7-9-79, referido a la actuación del equipo argentino en el Mundial juvenil de fútbol que se desarrollaba en Japón: “Más derecho y humano, imposible: desde La Quiaca hasta el Japón... ¡Argentina Corazón! (Blaustein y Zubieta, ob. cit; p. 303). En esa misma tapa *Crónica* incluyó otros dos títulos significativos: “La Junta Militar recibe a la CIDH” y “Oficial: detenidos a disposición del PEN, 1438 personas”.

“campaña antiargentina” entendida como una conspiración internacional que insertaba al país dentro del conflicto global de la Guerra Fría (Moraña, 2016).

El aparato ideológico-discursivo le agregó a la figura de la nación amenazada la figura de la nación lesionada en su dignidad. En efecto, la tarea desarrollada en el país por la CIDH fue vaciada de politicidad y presentada por los militares y por los medios que estudiamos como una afectación a la soberanía nacional: según este imaginario no exento de chauvinismo la comisión no venía a cuestionar a un gobierno sino a la argentinidad toda, y nadie tenía autoridad para *entrometerse* en “los asuntos internos” de la Argentina y “tomarle examen” a “los argentinos”.⁸ Además, se sostenía que los funcionarios de la CIDH estaban influidos por visiones políticas interesadas, por lo que era necesario que supieran *la verdad* sobre lo ocurrido en los años recientes. La realidad era muy distinta: no se trataba de una intromisión porque la CIDH, que respondía a una entidad supranacional como la OEA, de la que Argentina era un país miembro, había viajado con autorización del gobierno militar. Y tampoco venía a evaluar *a los argentinos* sino a comprobar *in loco* las denuncias formuladas contra los militares. Pero el aparato ideológico-discursivo que examinamos desoyó y/o desacreditó las voces críticas internas y externas, y sostuvo una única verdad posible: la Nación [el Nosotros=los militares+ el colectivo *argentinos*] se había visto empujada a librar una “guerra sucia” para eliminar a la “subversión”. Este enemigo no tenía proyecto político, pues era solamente quien ponía obstáculos en la marcha de la Nación hacia la única verdad.

Y si la Nación eran los militares más los *argentinos*, la “subversión” era la anti-Nación: una otredad negativa colocada en una posición desplazada con respecto al eje que definía la posición de los enunciadore (Sigal y Verón, 2010:71). Por ello las revistas publicaron repetidas alusiones a los “crímenes” cometidos por el “accionar subversivo” y al dolor por las muertes de las “víctimas inocentes de la subversión”. Esta violencia “demencial”, la única representada, había exigido y legitimado su represión la cual fue ocultada bajo el ideograma de la “guerra sucia”. Nunca se reveló la razón de ser de este enfrentamiento armado, esto es, el aparato ideológico-discursivo mediático-militar no explicó ni el origen ni el desarrollo de la resistencia armada, y mucho menos se refirió a las relaciones sociales de producción que venían siendo vigorosamente cuestionadas desde finales de los '60 por los sectores medios y bajos de la sociedad argentina (Cf. Pereyra, 2013).

La tercera pata de este conjunto argumental residía en enfatizar que toda la situación dramática ya había pasado. Pese a que se seguían difundiendo denuncias sobre los crímenes de los militares, incluso algunos de ellos cometidos pocos días antes de la llegada de la

⁵Según el informe “La CIDH en la Argentina”, del Centro de Estudios Políticos (CIPOL), Reynaldo Bignone, entonces secretario general del Ejército, le dijo al embajador norteamericano, que “era una ‘idea repugnante’ que **una agencia extranjera visitara a un país independiente y soberano** y que ningún **argentino patriota** podía aceptar que el gobierno de los Estados Unidos cuestionara a la Argentina por el tema de los derechos humanos” (las negritas son nuestras). En el mismo documento se transcribe un cable del embajador informando la llegada de la CIDH: “Hubo muchas protestas públicas nacionalistas sobre la violación de la soberanía argentina, sobre la supuesta incapacidad de la comisión de tomar en cuenta el pasado terrorista, y sobre la necesidad de severas medidas para enfrentar una gran amenaza subversiva. Elementos del gobierno claramente ayudaron a estimular esta explosión de sentimiento nacionalista. También fue espontáneo y sirve para reflejar el humor chauvinista que impera aquí” (en CIPOL, p. 8).

CIDH⁹, y sobre acciones guerrilleras, la Argentina vivía ahora en paz y no había nada que revisar, pues, como dijeron en un solicitada un conjunto de entidades empresariales: “Aunque en idénticas circunstancias **volveríamos a actuar de idéntica manera**, quiera Dios que nunca tengamos que pagar este precio para vivir en Paz” (*Convicción*, 21-9-79; la negrita es nuestra). Es notable que los empresarios hayan escrito “volveríamos a actuar”, como si hubiesen sido ellos los que empuñaron las armas. Ello revelaría el grado de identificación con el aparato ideológico-discursivo militar que existía en amplios sectores de la sociedad.

En estas reflexiones finales no nos hemos referido en particular a ninguno de los medios que analizamos porque observamos grandes coincidencias entre ellos en relación a todo lo que acabamos de describir. Por supuesto que hubo diferencias de estilo y de condiciones de producción. Por ejemplo, tomamos una sola nota de *Extra* para analizar, la del 23-9-79, por tratarse de una revista de aparición mensual. Por otro lado, notamos que *Siete Días* produjo menos información sobre la visita de la CIDH que su competidora *Gente*. Una explicación posible es que el estrecho alineamiento político con los jefes militares de su empresa editora, la Editorial Atlántida, derivó en que sus tres revistas –*Gente*, *Para Ti* y *Somos*– cubrieran el tema ampliamente. La misma explicación vale para la postura militante que adoptó *Para Ti*, algo muy poco frecuente para las revistas de lectorado femenino de la época, más inclinadas a la moda, el hogar, las recetas de cocina y el cuidado de los niños, que a abogar explícitamente por un gobierno dictatorial. Como sea, frente a la supuesta “campaña antiargentina”, no deja de ser llamativa la envidia con que la revista encaró una *contra campaña*, tanto con las postales para enviar al exterior como con las cartas de sus lectoras a la CIDH. En este caso se apeló a la emocionalidad, el campo que se atribuye prioritariamente a las mujeres, para realizar una interpelación desprovista por completo de política. En estos textos también encontramos grandes coincidencias con el relato oficial,

En síntesis, todas las revistas que analizamos coincidieron, con distintos énfasis, en un relato sobre el período 1970-1979 en el que el Terrorismo de Estado estuvo ausente. Además contribuyeron a fabricar un consenso acerca de lo negativa que resultaba para el país entero la visita de la CIDH. El hecho de que eran revistas destinadas a tres distintos nichos del mercado periodístico y la existencia de discursos coincidentes que provenían de sectores políticos, empresariales y eclesiásticos demuestra cómo en ese momento el aparato discursivo-ideológico de los militares había logrado invadir el campo cultural y mediático (Varela, s/d). Por otra parte, todos estos sectores y los medios construyeron representaciones identitarias semejantes en torno a un imaginario de nación, lo que resalta la potencia como herramienta de uso político de este imaginario.

Septiembre de 2016.-

⁹Tres días antes del arribo al país de la CIDH *Clarín* publicó un recuadro con el título “Diez desapariciones”: “Según el matutino porteño de lengua inglesa *The Buenos Aires Herald*, en su edición de ayer, durante el mes de agosto que acaba de finalizar, diez personas fueron secuestradas por grupos armados que dijeron pertenecer a fuerzas de seguridad. El diario destaca que esos hechos se cumplieron faltando pocos días para la llegada a esta Capital de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (En Blaustein y Zubieta, 1998:300).

Bibliografía

Blaustein; Eduardo y Zubieta, Martín (1998) *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. (Buenos Aires: Colihue).

Centro de Investigaciones Políticas (CIPOL) (s/d) “La CIDH en la Argentina”. Disponible en http://www.cipol.org/pdfs/CIDH_analisis_final.pdf

Iturralde, Micaela (2013) “El diario *Clarín* y la visita de la CIDH a la Argentina (1979-1980): Silencio estratégico y reposicionamiento editorial”. En *Question*, vol. 1, n° 37 (Verano), pp. 316-327.

----- (2012) “El diario *Clarín* y la ‘campana antiargentina’: la construcción de un consenso en torno a las violaciones a los derechos humanos”. En *Revista Brasileira de História da Mídia*, vol 1, n°. 2. Disponible en <http://www.unicentro.br/rbhm/ed02/artigos/03.pdf>

Moraña, Mabel (2016) “Violencia en el deshielo: imaginarios latinoamericanos post-nacionales después de la Guerra Fría”. En: *Caravelle*, n°86, 2006. *L'Amérique latine et l'histoire des sensibilités*. pp. 181-190; http://www.persee.fr/doc/carav_1147-6753_2006_num_86_1_2925

Pereyra, Marcelo (2016): “De mitos y fantasmas. Construcciones discursivas de la prensa conservadora sobre la nación, sus enemigos y amenazas durante el golpe de 1976”. Ponencia en el XVIII Congreso de REDCOM, 6, 7, 8 y 9 de septiembre, CABA - La Plata. FSOC-UBA y FPyCS-UNLP.

----- (2013) “Política, discurso y prensa popular: la figura del ‘enemigo interno’ (1916-1930; 1943-1946 y 1969)”. Ponencia en la Jornadas de la Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, 27, 28 y 29 de noviembre.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2010) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. (Buenos Aires: EUDEBA).

Varela, Mirta (2005) “Los medios de comunicación durante la dictadura: entre la banalidad y la censura”. En *Camouflage Comics. Censorship, Comics, Culture and the Arts*. Disponible en: http://www.camouflagecomics.com/pdf/02_varela_es.pdf